MELANCOLÍA Y PÍOS DESEOS al empezar el año, rituales ambos, de reparto puro en la escena de este guñol en la que cada cual se mueve como puede. Hoy toca recitarse en voz baja, y con más sorna que otra cosa, lo de los píos deseos de Gil de Biedma, esos que acaban como la mística caña chamuscada del cohete de Quevedo, el que sube, sube, estalla y baja a merced del aire, y si te descuidas te saca un ojo, eso decían, cuando temían que entre vacas, zurracapote y cohetes nos quedáramos tuertos.

*«Aquí sería dulce levantar la casa
que en otros climas no necesité,
aprendiendo a ser casto y a estar solo.
Un orden de vivir, es la sabiduría.»*

Paso por alto el «pasada la cumbre de la vida» del poema porque yo ya voy de derrota, en una cuesta abajo imparabile. No hay otra casa que esa en la que vives como si estuvieras de paso y tu orden de vivir es la escorredura, la riada, el empujón del aliviadero, el ir a trancas y barrancas, entre la resistencia y la derrota. Admitirlo, tranquiliza, al menos durante un rato.

AYER NOCHE DI POR TERMINADO *El asco indecible*, un trabajo que casi se ha escrito solo al hilo de los acontecimientos de los últimos tres meses, por no decir que nos lo han escrito en la chepa. En ese libro no están todos los empujones que hemos recibido como ciudadanos, pero sí los más significativos. Frente a ellos, las páginas de mi librico no pasan de ser unos comentarios a bote pronto, desahogos y apostillas en caliente para un tiempo que sería lamentable que olvidásemos, tildados de andanadas y exabruptos por la gente del orden académico que cierra filas con quienes hoy dominan y someten de manera abusiva a una parte importante de la población española, y desde sus cátedras universitarias reaccionarias justifican las trope-

lías de una clase social representada de manera eficaz por gobiernos neoliberales y reaccionarios de la mano de la Iglesia católica. Ah, sí, y por completo sectarios, sesgados y demagógicos; como los que van a seguir, seguro. Creo que el tiempo de los análisis ponderados, de bailar los minués retóricos, de las buenas maneras se ha acabado, porque son una trampa, tanto o más que ese diálogo que consiste en aplaudir y acatar en silencio lo que diga quien detenta el poder y puede hacerte daño, algo que se huele de lejos. Un trile en el que siempre gana la banda de la porra. Comentarios poco originales, pues, los míos y sin pretensiones porque son los que hemos hecho y oído estos últimos meses, en un sitio y en otro, suscitados por la ira, el resquemor, la frustración, el palo y por ese asco indecible que nos ha ido provocando la cosa pública y la sucesión de empujones padecidos en los terrenos de las libertades individuales, en el del derecho a la defensa, la justicia, la sanidad, la educación, la prevención social, más las injerencias de la Iglesia, el autoritarismo y las actuaciones propias de un estado policial, y las proporciones del colosal saqueo perpetrado desde puestos de gobierno o a su sombra, por políticos o por profesionales de la banca, en cuyas manos parece estar hasta la misma soberanía. Libro corto el mío, porque en ese terreno, escribas lo que escribas, te quedas corto y porque podrías terminar escribiendo *El asco de nunca acabar*.

Sé que me he quedado corto, no por intención, sino porque los despropósitos públicos se suceden a ritmo vertiginoso, resultan imposibles de asimilar y de digerir, y hacen que resulten extravagantes preguntas como «¿Hasta cuándo vamos a aguantar?» o «¿Qué hacer?», ahora, encima, que han hecho irrupción en escena los salvapatrias que hasta ayer estaban con quien nos acogotaba.

Ay, Pedro Infante, tan macho él y su canción *Con las cartas marcadas*... la escucho y una sospecha cobra fuerza: me temo que el coro de regeneracionistas nacionales que sale a diario a la palestra a perorar acerca de lo mal que está esto y de que es preciso emprender una regeneración *demoKrática*, saben que la baraja está ya muy

sobada y que todas las cartas están tan marcadas que hacen el juego imposible. Como mucho se prohibirán hacer señas entre ellos, pero no quieren cambiar de mazo, solo estar de mano, hacerse con la banca, repartir y seguir con el mismo juego y con los mismos mirones callados... y de vez en cuando echarnos, por encima del hombro, el barato, como antes, como siempre a este paso, si no les rompemos la puta baraja.

EL AÑO HA COMENZADO en San Juan de Luz con borrasca, chaparrones, luces cambiantes y golpes de ventarrón. He aprovechado la mañana para callejear un buen rato y para caminar junto al mar. No lo hago desde hace meses. Sin proponérmelo he seguido los pasos que daba hace unos años, entre 2003 y 2007, cuando más tiempo pasé allí, en Legeko Etxea, la casa en la que escribí varios libros. Lo que jamás se llamó «*La Promenade des Exilés*» estaba hoy casi vacío. El día no invitaba a pasear porque a ratos jarreaba, pero la luz estaba magnífica. En un café de la plaza, con gente mohína, baldada después de una noche de trueno, un escritor gordo y desaseado, con perilla *luisfiliparda*, corregía estentóreamente pruebas de su último libro. El resacón no iba con él. Lo demás, los cambios súbitos de luz, los detalles de la arquitectura, los rincones de las calles, tantas veces vistos y fotografiados, en otros momentos, con otras luces. No importa tanto el motivo como la luz y el estado de ánimo; mucho de lo que mires depende de él, sin contar con que hay que tener o ejercitar ojos de pájaro.

EN UNA CALLE DESIERTA y barrida por el viento, los escaparates de un anticuario iluminados a media mañana. El ruido de la resaca. Luces. Oscuridades. Ambiente. Modiano. Como mínimo, pero con más interés, al menos para mí, que sus últimas novelas. En uno de los escaparates, unas esculturas. Una de ellas estaba debajo de un cuadro de Arrúe. La firma del escultor, Kepa Akixo, me ha llevado a «allá lejos y hace tiempo», a Biargieta, el barrio más frecuentado

de la capital de ese extraño país que es el pasado, donde se refugian los artesanos especializados en fabricar recuerdos a medida, cuando el escultor firmaba como Zigor y estaba viviendo en Biarritz, creo, como refugiado político.

Y en Los Libros del Portal de Francia, rúa de los Peregrinos, la librería de viejo que no puede faltar en ningún barrio en el que merezca la pena vivir, según decía Chesterton, he dado con un cuaderno de poemas que guardo desde 1974, escritos por el artista, que a su vez me ha dirigido a algunas páginas de las memorias de Mario Onaindia que hablan de su militancia anterior a EE, y estas a otras memorias vivas que todavía tengo oportunidad de escuchar en las calles de la ciudad vieja, aquí mismo, en Biargieta, pero en la rúa del Mentidero, esquina con la del Paradís, sobre tiempos de lucha armada, franquismo, resistencia sin reparos, ampliamente compartida y aplaudida en sus acciones... Y la red se ha tejido sola.

A VECES ME PREGUNTAN dónde está Biargieta, ese barrio cuya entrada aparece entre dos luces. Siempre contesto lo mismo: cada cual tiene el suyo. Para entrar en él basta con proponérselo, salir es más complicado. Una vez que entras en la calle Salsipuedes, puedes quedarte allí de por vida.

RUINAS CIUDADANAS echando humo vistas al pasar: las de una casa dieciochesca, muy pintada por Basiano, en la orilla del río, al pie del Portal Nuevo. Creo que esa casa era el último recuerdo de las tenerías pamplonesas. Dicen que a unos vagabundos urbanos que se refugiaban en ella «se les ha ido» el fuego, pero la casa ruinosa molestaba, estropeaba el paisaje desmemoriado que están construyendo según capricho, en el fabuloso negocio del rediseño urbano y el hormigón que va con él, en el que lo importante es ganar. No se trata de que los ciudadanos vivan mejor, más cómodos, sino de que las hormigoneras no se detengan y el que venga detrás que arree y que sobre todo mantenga viva la llama del negocio. Ahora solo

quedará derribarla del todo para que la vista quede «más limpia, más saneada», los vagabundos y su hoguera en el corazón de las ruinas les han facilitado el trabajo.

Y DEL HUMO Y LAS RUINAS a la imagen de la melancolía que grabó Durero. No me hago ilusiones por lo que a este año respecta, a causa precisamente de esa melancolía o bilis negra, que si bien nos echa al trabajo de manera furiosa (como sostiene Susan Sontag en *Bajo el signo de Saturno*), por otro lado es enemiga de los trabajos intelectuales, según dice Marsilio Ficino en *De vita coelitus comparanda*, obra en la que dedica un capítulo a los enemigos de los estudiosos: *Pituita, Atrabilis, Coitus, Satietas y Matutinus Somnus*.

El libro, en su edición parisina de 1546, lo compré hace más de treinta años en una chamarilería de la calle del Paradís, en Biargieta, a donde iba muy a menudo porque todavía tengo una buena amistad con el brocante, que le llaman ahora, aunque ya esté jubilado y haya desaparecido de la fachada la leyenda «Artículos de viaje», que era lo que hubo en aquella bajera profunda, propiedad de un cura locoide, carlista y trabucaire, antes de que la ocupara mi amigo con sus viejorrerías y maravillas en penumbra.

A finales de los setenta y en los ochenta, iba, mañanero o en la atardecida, a verle, charlábamos, me enseñaba alguna cosa que acababa de comprar, como ese Ficino (*tel quel* escriben los libreros franceses a lápiz en una esquina cuando el estado no es del todo bueno) y luego salíamos a tomar café al bar de la esquina, Bar Bayona –todavía queda la enseña: muy *fiftis*, sentenció el amigo Ganbela, que a todo le colgaba algún cartel entomológico como de profesor Tournesol– y seguíamos hablando de todo y de nada: antigüedades y viejorrerías, y «de la vida en general», vista desde el fondo de una penumbra de lujo (Ruanito), que es una forma peculiar de verla: no siempre es tan desgarrada como la de los sepultureros, como llama Eugène Dabit en su diario a los profesionales de Las Pulgas; sino de un escepticismo burlesco que se aplaca, un rato, ante la hermosura

de algunos objetos que pasan y se van. Aquel era otro mundo y otra vida sobre todo, irrepetibles ambos, e irreparables.

MAL DE LA ÉPOCA: oírle a un periodista decir que no sabe si se va a atrever a publicar toda la información que tiene sobre un caso de corrupción institucional. Pero es que, a pesar de todos los pesares, todavía hay gente que tiene algo que perder y teme perderlo, y teme ponerse del todo enfrente para que, encima, las denuncias queden en agua de cerrajas. No puedes exigirle a nadie comportamientos heroicos que en la práctica son suicidas y que tu no te atreverías a acometer, porque tú también tienes tus miedos y tomas tus precauciones.

EN ESTOS ÚLTIMOS MESES, he hablado y escrito en muchas ocasiones de *El Escarmiento*, mi novela acerca del comienzo de la Guerra Civil en Navarra que debería haber aparecido en el mes octubre del año pasado. Así fue anunciada, pero entre una cosa y otra no ha podido ser. Lo he sentido por todos aquellos que la esperaban y preguntaron por ella. La novela se me atravesó, digamos, cuando ya llevaba las suficientes páginas como para que pensara, con mi editor, que lo mejor era dividirla en dos partes: *El Escarmiento* y *El Botín*.

¿Qué me detuvo? No lo sé. Una mezcla de motivos. No quería, no he querido, hacer una novela histórica, esto es, una reconstrucción de hechos, ya muy contados, sino, de una parte, asomarme a las trastiendas de lo que fue aquella cacería organizada por el general Mola; y de otra, reflexionar acerca de cómo vemos y vivimos aquellos acontecimientos desde un presente tan comprometido como es el nuestro, en el que la fractura social es algo cada vez más evidente y en el que hay gente, más de la que se quiere admitir, que festeja y aplaude aquellas fechorías que para ellos son señas de identidad de vencedores. Y esa gente vive en la calle de al lado o en tu misma casa, la conoces desde la infancia, te la cruzas a diario a nada que callejes o compartas los mismos espacios; incluso tienes con ella

relaciones de parentesco. Eso cambia bastante las cosas porque a la corta o a la larga, los problemas de convivencia los tienes asegurados. ¿Me ha parado eso? Sería insincero por mi parte decir que no. Es uno de los motivos. Es un temor legítimo, pero si algo me anima a seguir trabajando en ella no es solo el contribuir a una acto de justicia hacia o con los herederos de las víctimas de aquellos días que recuerdan a los suyos o los buscan en las cunetas de mi tierra –no soltaré la patraña del *etiamsi omnes ego non*: ahora es importante saber con quién estás–, sino que creo que como escritor o te la juegas y apechugas con las consecuencias, o te haces cronista castizo y te apalancas en el casino del alma, dices sí a todo, compartes, ríes las gracias ajenas, te dejas llevar por quienes te hacen ser alguien en el cotarro social... pero procura entonces no volver a mirarte en el espejo. Hablo por mí, que los demás hagan lo que crean más conveniente. Sin facturas. No fallar a los que han creído en ti y no fallarte a ti mismo. De eso se trata.

A TRAVÉS DE LAS PESQUISAS documentales de Javier Eder me he asomado a un documental de INA France sobre Paul Morand en el que este habla de su trato con Marcel Proust –«Ode à Marcel Proust», el poema que abre *Lampes à Arc*– y lo define como un personaje cómico, propio del Museo Grévin, con aspecto de haberse acabado de vestir en el ascensor.

Puedo decir que Morand y su literatura y su mundo no solo me quedan lejos sino que me son por completo ajenos, pero ahí están, en el equipaje, me guste o no. Hoy, Morand me interesa poco como escritor. No me gusta su altivez, su xenofobia, su espíritu de casta y clase, su «velocidad», su ideología en definitiva, la que sostiene muchas de sus páginas; y creo haberlo leído lo suficiente. Como personaje literario es uno más de una época de mugre –bien explicado en *Le soufre et le moisi. La droite littéraire après 1945. Chardonne, Morand et les hussards*, de François Dufay, sin ir más lejos–, que se silencia y camufla de mala manera gracias a las remembranzas esteticistas de

los morandos. Un poco poco para el presente que estamos viviendo. Al menos para mí. A finales de los setenta y comienzos de los ochenta, era otra cosa. Para mí, insisto. Eso no tiene enmienda. Tal vez entonces no lo hubiese leído lo suficiente.

Además de *Venecias*—de donde sale el título de mi primer dietario publicado: *La negra provincia de Flaubert* en la que decía Morand que había nacido— o de las ediciones de derribo de la biblioteca de Fermín Negrillos, como *Ouvert la nuit*, por la que pasa la sombra de Soledad Villafranca, y de que su recuerdo me sirva para celebrar el hallazgo, en diciembre de 1981, de las primeras ediciones de sus poemas en Las Pulgas parisinas, en compañía de Bonet, Morand tiene ensayos infumables que hay que leer so pena de quedarse, una vez más y para variar, patinando en la superficie, con la foto del coche de carreras de cabecera entre los «objetos de escritorio» de la nadería y la complicidad activa con la infamia y convertirlo en seña de identidad y emblema de una ideología reaccionaria con descaro, más incluso que de un mundo literario. De conocer a un autor, hay que conocerlo entero.

DOS FOTOGRAMAS DE TARKOVSKI que he encontrado en el merodeo de la Red. En uno se ve a un hombre de espaldas alejándose por un corredor subterráneo, en el otro, otro personaje está metido en el agua hasta la rodilla.

Se me ocurre que esas dos escenas ilustran muy bien dos cosas que me rondan estos días. De una parte, la época que estamos viviendo y de otra algunos momentos de la escritura de una novela o de un artefacto narrativo o como quieran llamarlo, pero no dietario, por favor. O bien te ves en un túnel que parece no tener fin o estás metido hasta las rodillas (y hasta mucho más arriba) en un lodazal; el personaje de Tarkovski lo está en aguas limpias, pero da igual, el desasosiego que transmite es el mismo. Hay que contar con ello. Te dices que cada día estás un poco más lejos, pero no ves el momento de «llegar al orillo». Ya quieres estar en otra cosa, ya te impacien-

tas, pero las páginas te retienen de mala manera donde menos te lo esperas. Ahora mismo con *El Escarmiento*, una novela que solo es histórica en la medida en que trata de episodios reales y bien reales de la retaguardia navarra de 1936, pero que se hace crónica forzosa de nuestro presente porque desde él está escrita, en la escucha de las voces, cada día más encontradas y enconadas, que ahora mismo siguen hablando de aquello. Novelar aquella época no es fácil a causa de la intensidad de las situaciones y de sus protagonistas, por muy secundarios que se hayan considerado estos. A veces creo que basta con dar con la voz más adecuada para narrar lo que ya está muy narrado, pero luego me pierdo en la invención de personajes de los que no he logrado saber gran cosa, aparte de que padecieron aquella situación y se fueron con su silencio a Beritxitos.

EN UNA GARITA del Paseo de Ronda, reliquia histórica que sirve de meadero y cagadero al paso, encuentro un grafiti de un perro o un lobo ladrando a una imposible luna: no aúlles o solo eso, camina y no revientes, aunque solo sea para no darles gusto.

Hay veces que si no aúllas no es porque no sea luna llena y tú el hombre lobo o porque no sientas que llega un temblor de tierra –algo que les pone locos a los perros de Valparaíso–, sino porque no es lo tuyo y porque hasta tú mismo puedes pensar que has dado en loco y estás para que te encierren o que te den unas pastillas y te dejen lelo, o las dos cosas y alguna más por añadidura.

UN MUNDO EN DESCOMPOSICIÓN dices después de patear la ciudad vieja o de asistir a unos cambios sociales más que evidentes... No, al margen de eso, lo que sucede es que tú envejeces a pasos agigantados y pierdes poco a poco todas tus referencias. Te vas extraviando, eso es todo, en el laberinto de tu propia vida, en el espejismo de haber tomado como propio lo que era ajeno.

AMARILLO DE TARDE. La expresión es del poeta falangista Ángel María Pascual. Hay varias clases de amarillos de tarde, dependiendo de la estación y de la hora. La de esta tarde, en el reloj de sol de la catedral era de auténtica confitura, y esta una imagen de Morand para la luz de su poema dedicado a Proust, en el círculo iluminado por su lámpara, donde este escribía nocturno. Luz polvorienta añade. No, esta del reloj de sol de la catedral de polvorienta no tenía nada.

Sea o no una expresión acertada, lírica o rancia o lo que guste cada cual, lo cierto es que a mí, esa luz de las tardes claras de invierno me produce, desde niño, un desasosiego intenso, una necesidad imperiosa de buscar refugio en algún lado o de poner tierra de por medio. Cornetines de ordenanza en los alrededores de los cuarteles y la noche encima: calles hoy desaparecidas, pitidos de trenes. Veo en esa luz algo amenazante, no sé. A veces hasta aparecía en mis sueños iluminando una escena en la que las calles de la ciudad más reconocibles se habían quedado tan inmovilizadas como solitarias, amarillas, como la carne del mango, uno de los colores de Gauguin, pero no era Gauguin, era el miedo acompañado de un sonido chirriante. Y no tenía ni la más remota idea entonces de quién podía ser De Chirico, ni falta que hacía. Ahora no sé, porque rara vez me acuerdo de los sueños que tengo, pero la luz ahí sigue, amarilla de tarde, en diciembre, en enero, antes de que llegue la nieve.

ES UN MISTERIO cómo seguimos manteniendo relaciones de convivencia y cortesía con quien nos roba y abusa, y encima se ríe, o nos utiliza o nos apalea y mantiene sometidos, y dice que es nuestro vecino, que una cosa es lo que hace en horas de oficina y otra cuando va a comprar el pan, o en fiestas, o en los toros o en la ópera o el teatro o en el comedero de moda... Cada cual en su puesto, unos beneficiándose del Ministerio de la Ventaja, otros pagando la farra, y cada uno cavando y fortificando su trinchera, en el lodo del encono.

GOYA, EN SUS MONSTRUOS, los del Capricho 63, los del «Míralos que Grabes», por ejemplo o con las aves nocturnas y los murciélagos que abruman al autor derrumbado sobre su mesa de trabajo, con sus útiles al alcance de la mano de «El sueño de la razón produce monstruos». Todos los sueños los producen y esa realidad que ahora mismo nos rodea y resiste, también, más incluso que los propios sueños.

Mientras dormías los monstruos velaban; en tu vela forzosa, ellos estaban despiertos; en la duermevela tú mismo caminabas por escenarios que solo ha sido capaz de pintar José Hernández.

Al despertar, los monstruos estaban allí y tú estabas con ellos, eras uno de ellos, atrapado en sus redes, debatiéndote en ellas, con la certeza de que el encierro va para largo, de que, como mínimo, estás condenado al abatimiento cotidiano después de una sesión de malas noticias que te afectan en la medida en que dan el tono del país y de la época que estás viviendo. Libertad vigilada y precariedad. Mala leche.

Tu trabajo depende de ese tono y tu trabajo falla: no hay o es precario, pura cuerda floja. Te hablan en plan pomposo de retraimiento de la economía, del patatín de los mercados, pero quien lo hace suele estar a cubierto, no le inquieta el presente ni el futuro, y eso lo cambia todo. Pocos son los que a palestra abierta confiesan que no tienen trabajo y que llevan años en esa situación: el camino de la pobreza vergonzante. Galdós. Las ventas bajo manga. Las mendicidades. Las burlas hacia el caído y la soledad de quien no es creído. El miedo a contagiarse de la pobreza. Es mejor no dar por bueno lo que te dice quien no puede hacerte ganar nada, compromete menos y hasta ahuyenta tu complicidad en los agravios, pero, a cambio, puedes gozar del favor del que difama o calumnia, estás en la pomada, eres, algo, lo que sea, no desentonas, no te indispones con quien puede beneficiarte o darte palmadas en el lomo... *Molestias del trato humano*, buen título para un libro no tan bueno.

LITTLE NEMO en el país de los sueños. Hace ya cuarenta años que me regalaron para Navidad un álbum de *Little Nemo in Slumberland*, las historietas de Winsor MacCay, una mitomanía literaria de comienzos de los setenta, con una dedicatoria en la que se me instaba a conservar esa ingenuidad reservada a quienes no llegan a hacerse nunca del todo adultos, en el sentido que se da a tal cosa en este mundo que parece acoger solo a los listos, a los cucos y a los lobos.

HACE UN RATO HE SALIDO a caminar y he pasado bajo la mole del Seminario de Pamplona. Me he acordado del poema «Adolescencia», de Ramón Irigoyen, uno de sus más eficaces exorcismos:

*«El seminario de Pamplona es un cubil
de ochenta mil cristales y una tapia
en su fachada en un bostezo de 16×9 m
se despereza en una cruz a la intemperie
la provincia de Navarra».*

Esa es la obra mayor del arquitecto Víctor Eusa, miembro de la Junta Central de Guerra Carlista en 1936. Durante la guerra fue el hospital de sangre Alfonso Carlos. En la posguerra y hasta finales de los sesenta fue una referencia social de Navarra. Su arquitectura ha sido muy elogiada, sobre todo en los años en que se silenció a conciencia quién había sido en realidad su arquitecto. Por fortuna no estuve en el seminario, pero hoy, muchos años después, de solo verlo te entra frío.

A RATOS PIENSAS que te quedarías, como un monje rapado y sonriente, o como un artista pánfilo, mirando las evoluciones de la carpa en el estanque entre los reflejos de las ramas del invierno y a su vista escribiéndote un haiku tras otro, o uno solo, pulido como un epitafio fino. Lo que pasa es que, como decía Roger Nimier de Céline, lo cotidiano te tiene agarrado por las solapas (si es que te quedan) y te zarandea, y no te deja en paz, y la bronca diaria pasa

tocando el bombardino (tal que el sochantre de Cunqueiro) y tú, detrás, como si ella fuera el flautista de Hamelín...

«LA VUELTA a casa ese es el paso decisivo de todo viaje», escribe Luis López Gil. Debería acordarme de esto cada vez que me entran ganas de poner tierra de por medio.

A ESTAS ALTURAS la estampa de alguien metido dentro de un contenedor y hurgando en él en busca de comida, ropa, papeles o chatarra, se ha convertido en un clásico y, lo que es peor, en un lugar común. Creo que publiqué la primera fotografía de esa escena hace dos años. Desde entonces la he visto casi a diario cuando he pasado por Pamplona. No siempre son rumanos, pero es lo más común. ¿Ah, que no es políticamente correcto decirlo? Pues mire, me jodo en esas correcciones, como lo voy haciendo en casi todo lo que se toma por correcto. En ocasiones esos hurgabasuras buscan comida, a la puertas de los supermercados sobre todo, pero la mayoría de las veces van detrás de papeles, cartones, objetos, metales, ropa... todo lo que sea susceptible de venderse y arrastran en carricoches. Tienen bajeras alquiladas, naves ruinosas, furgonetas y comercian con chatarras, como me acuerdo que hacían en Bucarest, en las callejuelas de Vitan todavía en pie o en Vacaresti, hacia donde estuvo el matadero. Recorrían las calles a voces empujando un carricoche. Es difícil contar la verdad de lo que ves porque desconoces todo lo que hay detrás, quiénes son en realidad sus protagonistas, cómo son de verdad sus vidas. Y entre tanto esa imagen del rumano metido dentro del contenedor rebuscando sirve, de una parte, para ilustrar lo mal que está todo, el drama social que estamos viviendo, y de otra para pedir que se acabe no con el drama, sino con esos hurgabasuras porque hacen mal efecto, estropean el paisaje, no dan buena cámara y hasta roban lo que no es suyo, porque las basuras ya tienen dueño: son un negocio y lo van a ser más en el futuro.

MARCOS ORDÓÑEZ en un buen artículo, «El síndrome de Trigorin», que hoy le publica *El País*: «tomo notas a todas horas, que a veces triplican la extensión de lo que he de escribir». Habla también de los cuadernos de notas de Alfonso Armada. «En *Los que sueñan el sueño dorado* (Mondadori), la formidable antología de crónicas de Joan Didion, hay un texto llamado Sobre tener un cuaderno de notas donde la escritora americana dice: “La gente que toma notas en cuadernos es una especie distinta. Gente solitaria y reticente que siempre está cambiando la disposición de las cosas, insatisfechos ansiosos, niños que al parecer sufrieron al nacer cierto presentimiento de pérdida”». Yo miro cuadernos y libretas de notas tomadas en mis viajes con aprensión y con la sospecha de que, encierren lo que encierren, no voy a tener tiempo de ponerlos en limpio porque cada vez que los he abierto me han resultado casi por completo indescifrables.

VOLTERETAS PARA ATRÁS o del vivir en lo perdido. Raro es el día que estando en San Juan de Luz no me asome al puerto, a la vista de la iglesia de Ziburu y de la casa de Maurice Ravel, a la terraza del café La Marine, donde solía encontrarme con José Antonio Sistiaga... a esto, a lo otro. Recuerdos cada vez más vagos, más ajenos, y un presente que de literario (convencional) no tiene nada o poco. Esta mañana, después de leer el artículo de Marcos Ordóñez sobre los cuadernos de notas, me he acordado de cómo perdí mi diario de los años de San Juan de Luz (2005-2007) en un tren, a mi regreso de Bucarest. Solo me acuerdo del color del cuaderno. Algo irreparable, tanto como la gente que ha desaparecido del paisaje, convertidos todos en fantasmas —«mutuos... no jodamos», te dirá desde la sombra el otro, el que vigilia lo que escribes—; desaparecidos, perdidos, como las oportunidades, los libros, las fotografías, las casas, los piños, el pelo, la flexibilidad en las rodillas, las ganas, sobre todo las ganas, todas esas amenidades de las que no se habla, como tampoco del olor a rencor que no hay perfume suficientemente fuerte que

pueda enmascarar, la edad, la puta edad... amenidades de las que he hablado hoy con un pariente octogenario que ve y camina a duras penas, y que me hablaba con entusiasmo de sus caminatas por París, hasta ayer mismo, porque era ayer mismo, todo en nuestras vidas ha sido ayer mismo, de lo que le fascinaba el descubrir calles curiosas, comercios, enseñanzas... se le iluminaba la cara... Ah, sí, que ya sé, que estábamos en San Juan de Luz, pero ya no estamos, ahora estoy escuchando *My Spanish Heart*, de Chick Corea, y vuelve la burra a brincos, a la espesa madeja de los recuerdos, al presente de la invención, donde aparece el cuaderno perdido y la casa perdida y vete saber qué más, lo que nunca tuviste, todo.

EL MISTERIO de esas fotografías mutiladas en las que una de las sombras que en ellas aparecen ha sido suprimida por las bravas. El «no quiero volver a verlo», el suprimir un rostro o el cuerpo de una persona querida o estimada convertida en detestada, como si con eso la hicieras desaparecer no ya de tu vida, sino de la existencia misma, como si ya no mereciera recuerdo alguno.

«Todos tenemos de esas...», me dice cachazudo el amigo Basurde, cuando se lo comento en el mentidero de la Nabarrería. ¿Seguro? ¿Por qué nos conservamos a nosotros mismos solos, cuando estuvimos acompañados? Enemistad y desamor. Estábamos repasando unas fotografías que me regaló un amigo chamarilero hace un tiempo. Ni él ni yo sabíamos de qué trataban... Sudamérica me dijo. Cuando vi la primera me di cuenta de que era la plaza de Armas de Sucre y conforme fui repasándolas reconocí otros detalles de la capital boliviana y ahora creo poder sostener que la vida del pedagogo belga Georges Rouma no está lejos de esas imágenes, aunque la verdadera historia novelesca estaría en una niña que aparece en muchas de esas fotografías, nacida en Bolivia, traída a Europa, que de joven padeció el nazismo alemán y la colaboración belga, y que asistió a la descolonización del Congo... y cuyos restos familiares, cuadros, dijes, objetos, ropas, fotografías terminaron en Pamplona,

en Biargieta, en su calle de los Peregrinos... No tengo la menor idea de quién podía estar en las fotografías mutiladas. ¿Novela? Ya no, ya no hay tiempo.

Y PARA COMPENSARTE de los lirismos, el asco que no cesa. Cada día una ración que hay que tomar a cucharadas soperas. A propósito de la brutalidad y la violencia policiales plenamente abusivas y delictivas en muchos casos «El Gobierno afirma que multa a los indignados para “concienciarles”. Cree que las sanciones pecuniarias, de hasta 300 euros, llevarán a las personas multadas a colaborar con las Fuerzas de Seguridad». De ahí a abrir una escuela de delatores no hay más que un paso que este gobierno puede dar cualquier día, por muy delirante que sea la idea. ¿Por qué no? Una prueba más de que estamos en manos de desaprensivos perversos, de gente que no desmerecería entre los sayones crueles de *Barra siniestra*, de Vladimir Nabokov.

¿Colaborar con las Fuerzas de Seguridad? Es decir, ¿convertirse en delatores, en txibatots, en espontáneos, en aplaudidores de sus abusos y fechorías? Esto suena a historias que tuve ocasión de escuchar en Bucarest de la época de Ceaucescu. Una prueba más de que la implantación de una dictadura de nuevo cuño y viejas formas, es un hecho; lo saben quienes las padecen, lo ignoran quienes las aplauden. Agradecer y besar la mano de quien te apalea: ir a morir al palo.

LENGUAS IRRITANTES, escribe Antoni Puigverd en *La Vanguardia*. Y esa animadversión me trae el recuerdo de los que, aquí mismo, defendieron el euskera con furia, hasta que empezaron a oírlo hablado en todas partes y a sentirse excluidos por no hablarlo ni entenderlo. Dejaron entonces de sentirse vascos, el euskera pasó a llamarse de manera agresiva vascuence y echaron mano del castellano como icono cultural, les resultó de buen tono acabar sus cenorras brindando al grito de «¡Arriba España!».

«Creo que escribiré algún que otro artículo contra el vascuence», me dijo uno de aquellos cátaros del izquierdismo vasquista, celosos

guardianes de todas las purezas y las ortodoxias. «Será sobre», le aduje. «No, no, contra», me replicó muy serio. Esperaba sin duda que le pagaran por ello. Le pagaron.

HACE UN RATO, cuando todavía no había amanecido, al abrir la ventana me ha llegado un olor húmedo, que aunque no fuera ni a eucalipto ni a brea, me ha recordado mi primer amanecer en Valparaíso, desde la calle Estanque, en cerro Alegre, pronto hará diez años, con niebla espesa y el mugido de las sirenas de los cargueros al fondo. Ese es uno de esos momentos difíciles de olvidar, pero que luego olvidas, cuando vienen mal dadas y eres incapaz de ver de qué dones has gozado. Escribir sobre ellos, sacarlos de esa otra niebla, más cerrada, de la vida en cuesta abajo o así vivida: *Las puertas de Valparaíso*.

La idea o cuando menos el título de esa crónica urbana me vino gracias a las decoraciones de las puertas de algunas casas en Cerro Alegre o Cerro Concepción sobre todo, con *collages* y trampantojos muy trabajados, imaginativos, amables. La primera que vi estaba en la calle Almirante Montt, podría pasar por un collage de Max Ernst; luego vinieron muchas más. Murales que convertían en puertas de escape los muros ciegos, los callejones sin salida. Hermoso. Quien ha callejeado por el Puerto, subido y bajado sus cerros y ascensores, no lo olvida jamás.

Y DEL PASADO y las evocaciones, al presente, a la historia hecha trinchera en la tierra en la que vives. La Historia, mala trinchera... mala y enfangada trinchera, y peor enmienda, por no decir que no tiene ninguna, y que el rechazo a la ocupación militar (a sangre y fuego decían los cronistas) de Navarra hace quinientos años, se transforma en un motivo más de la pugna implacable del presente, en un desacuerdo permanente nunca del todo aplacado y sí silenciado, amordazado, que se transmite de generación en generación.

«¡VETE DE AQUÍ, que te vas a morir de asco!» Eso fue lo que me dijo Carmen Martín Gaité, la última vez que nos vimos en esta ciudad, tan de todos los demonios como cualquier otra. Para saber esto último no me hace falta ni leer ni recordar a Kavafis. Lo recordaba el otro día con unos amigos nuevos, al pie de las torres de San Cernin o a su vista o qué más da. Les enseñé lo que han sido los escenarios de mi infancia y juventud, bueno, lo que queda de ellos. Ni me fui ni me he ido, y si lo hice fue para regresar y para volver a irme y para lo del me voy, pero me quedo, pero me voy, pero me quedo, del poeta. ¿Cuál? Búsquenlo. Tampoco me he muerto de asco ni de rabia. No me he muerto a secas, aunque a veces se me apriete el siello solo de pensar en que ya no hay otra salida que quedarse y aguantar como se pueda el chaparrón, y, si surte, largarse, no perder ninguna ocasión de hacerlo, y escribir de lo que se pueda y no pensar que la tuya, escritor o no escritor, es una vida echada a perder, que decía Max Aub de sus contemporáneos y compatriotas a los que había dejado atrás... En fin, que el día estaba de madre para darse la cencerrada, y nos la hemos dado.

LA PRIMERA NEVADA era la que te alegraba sin saber por qué, por el solo gusto de ver caer la nieve, sin Villon de por medio, porque las nieves de antaño, las lágrimas de Brecht y el etcétera quedaban de verdad lejos... Y hasta el amigo Anton Brunster, chileno, de Valparaíso, cuando lo despedimos en la Estación del Norte, en medio de la niebla, salió a la ventanilla y gritó: «¡Kavafis, que te den...!». Tiempos, qué tiempos... Los de la escritura de *El pasaje de la luna*. El comienzo de los *eitis*, años intensos de mucho decirse que mañana, mañana teníamos mucho tiempo, que la verdadera vida empezaba mañana y que la vida que aquí arruinaste, blablablablá... Kavafis... Casi todo el verdadero argumento de la obra que tenías en cartel lo era: envejecer, morir. Y eso que el monólogo feroz del artista de variedades se titulaba: «¡A tumba abierta!». Y tanto que abierta, como boca de lobo. Nieve. Morand. *L'Homme pressé*. Morros con tomate

en el Juanito, callos en el Paco. Embassys, Lardhys forales. Más Kavafis. Y eso que recitabas (no estabas solo en el teatro) el poema con mucho sentimiento, tal vez porque pensabas que te quedaba mucho tiempo por delante y que aquello no iba contigo, que seguías siendo el rey mientras servían otra ronda y muchas más. Las andadas de los días de nevada eran tremebundas, bajo los porches o donde fuera. Ahora no hay andadas. No tienen gracia. Ninguna. Lo saben hasta los profesionales. Evitamos el trato. Hemos descubierto que tampoco nos gustábamos para tanto, que solo nos unía el sin ton ni son de la andada, aquella ferocidad de la última luz encendida: caras de humo y ojos de noche, demasiada noche en los ojos. Cada cual a su madriguera. En la noche y durante el día. Ahora te asombras de estar viendo caer la nieve desde donde nunca pensaste que pudieses estar. No iba contigo... A lo dicho: «¡A tumba abierta!». Hoy, si pones en escena el monólogo, se te vacía la sala a la carrera.

EL ESCRITOR EN SU RINCÓN y tarde fosca, que decía el poeta, cuando con cielos bajos y oscuros nos podemos apañar. Suena el timbre. Un mensajero. «Le traigo un sobre.» Editorial Planeta. «¿Qué carajo querrán estos ahora?», me pregunto porque de la gente que conozco en la casa ya no me puedo esperar nada bueno. Lo abro. Es el último libro de poemas de Pere Gimferrer, *Alma Venus*. Lo primero que me llama la atención es que ya no trae dedicatoria. Vaya por Dios, qué mosca le habrá picado a este. *Tempus fugit* y de todo. Cuando caes en desgracia, te caes con todo el equipo. La gente se escapa. Desaparece. Les comprometes. Tienen un olfato inaudito para estas cosas. No han llegado, están reunidos, acaban de marcharse, ¿quiere que le deje algún recado? Resulta hasta gracioso.

A veces encuentro libros dedicados de gente cuya cara he olvidado y se me parte el culo de la risa. Es lo propio de estas relaciones literarias, telefónicas y oportunistas que a ratos tenían la máscara o el antifaz (veneciano) de la amistad. Con Gimferrer es distinto, creo que tuvimos durante más de veinte años una buena amistad. Igual

me equivoco. Eso lo podrán decir Andu Lertxundi y Jose Fernández de la Sota, juntos o por separado.

Me dejo de monsergas y abro el libro y leo y me digo que estos son versos que admiro, o que me dejan patidifuso, que ya no sé si es lo mismo, pero que vienen de otro planeta, en el que no vivo ni por error. Eso es lo que pasa, que todos vamos viviendo cada vez más en planetas lejanos, condenados a no encontrarse jamás. Pero me dejo llevar por la exaltación, la furiosa remembranza, el destello de imágenes fulgurantes (se lee en la jerigonza crítica al uso y queda dabute), Lasa y Zabala, y enseguida Watteau, y hay más «Tiene el deseo el ojo de la urraca, el barro de arrumacos del caimán», y mucha referencia de paisajes exóticos, de películas, viajes, poetas, cuadros, páginas leídas, cuadros... Culto y alucinado el poeta académico, el poeta que alucina a pesar de la Academia, el poeta que vive de manera arrebatada más que intensa, los momentos del deseo y del deslumbramiento ante la Parada de una vida que le es propia y a ti ajena, lejana, cuando no hostil... ¿De dónde le vendrán a este hombre los pujos creadores? No sé cuánto tienen estos poemas de testamento literario o cuánto de cuaderno o de hojas de ruta, como las de Cendrars, en otra geografía que, insisto, no es la mía.

LEO EN *EL PAÍS* que el gobierno está pergeñando un plan para lavarles la cara a las instituciones... Pero si ya hay plan, o había. Con el Código Penal antiguo y la también vieja ley de Enjuiciamiento Criminal bastaba. Lo que no ha habido es intención siquiera remota de lavar esa cara. Porque no se trata de lavar, sino de desmontar un estilo de hacer política, como es el del saqueo de las instituciones y el del provecho inmediato, por sí mismos o como tejedores de espesas redes de influencia, casi una metafísica a estas alturas. Es de temer que el plan de «frenar la desconfianza en las instituciones» consista en cerrarles la boca a los ciudadanos. Muerto el perro se acabó la rabia. El chuleo y el abuso que no cesan.

EN EL ESCAPARATE de una boutique un antiguo caballo de niño, un caballo negro de ojos de vidrio, viejas pieles, cartones, pelos apolillados... reluce en la noche, en la soledad de la calle, al otro lado de la cortina de la lluvia. Y con la estampa me vienen a la memoria los versos de «Nightmare», el poema de Borges, ese en el que el poeta se pregunta por el apagado espejo del que habrá surgido el hombre, gris y grave, que le impone su antaño y su amargura.

A cada cual su yegua de la noche... o las noches a los cascos de esa yegua, y lo que es peor, los días y sus malos sueños de despierto.

EN LA TELA DE LA ARAÑA nada es casual... casi diría que ni la presa. Sale a la luz el indulto concedido a un kamikaze que mató a una persona, y que fue el bufete del hijo de Gallardón quien lo defendió, y que el abogado del caso es hermano del diputado del PP y exalto cargo de Justicia e Interior, Ignacio Astarloa, y que los magistrados afines al PP están mayoritariamente a favor de que el condenado a 13 años salga a la calle después de cumplir nueve meses y pague una multa que ya no imponen ni a los matones de discoteca... A estas alturas qué vas a comentar. Las noticias de los abusos gubernamentales, de los mejunjes, de la intencionada confusión de lo público y lo privado, de la espesa red de favores, se suceden sin que quepa hacer otra cosa que manifestar nuestra indignación, en balde, porque les da igual. Y les da igual porque están seguros de que la ley está de su parte, poco importa que para ti su uso resulte indecoroso, no para ellos. Tienen la mayoría absoluta y hacen lo que les da la gana. Sus medidas de gracia suenan a abuso sostenido, a arbitrariedad, a amparo de una clase o de una casta, a *cosa nostra*, y eso tiene mal remedio.

OTRO DÍA FOSCO de ganas. Y con él, la viejísima canción que le escuchaba embobado, a las puertas del Teatro Argentino, a un payaso descangallado que bailoteaba, al tiempo que rasgaba una guitarra de madera gris con las cuerdas pintadas: «¡Y en un barco de vela y

a la mar metido, con rumbo a no sé donde quiere naufragar...!». No tengo la menor idea de la cantidad de veces que habré podido tararearme esa canción, casi con la misma intención con la que el tío Toby silbaba el Lilliburlero.

A cierta edad, o has llegado a algún lado, poco importa a dónde, o hablas o escribes, poniendo cara de póker, de naufragios y desamparos, y parloreas, como si no pasara nada, de lo mal que están las cosas, pero qué mal, qué mal, y sonríes cuando uno, untando en la salsa de los morros de tigre con tomate del Juanito, de Biargieta, dice: «Mientras haya vida, hay esperanza». «Siempre amanece», le replica el que, para compaginar y no quedarse atrás, pide a gritos una ración de callos de hiena, y la lluvia invita a los filósofos a palmeros de tinto de batalla. Tiempos, qué tiempos... malos. Pero tú sabes que el barco del payaso se hundió hace años y en la Costanera llevan a los curiosos a ver el pecio estrellado, saqueado, por completo fantasmal.

APARECEN EN SUIZA CUENTAS millonarias del extesorero del Partido Popular, un personaje a quien la Aguirre cubrió al tiempo de la borrasca del caso Gürtel en la Comunidad de Madrid, el que le costó la carrera judicial al juez Garzón con la actuación activa de jueces de ideología más reaccionaria que conservadora.

La Aguirre quien, refiriéndose a las cuentas de CiU en Suiza, en informe falsificado con papeles timbrados de la policía, aunque sin autoría conocida porque no se investiga, dijo que si estas se confirmaban sería el escándalo más grave de la democracia.

Hay que recordar que, por su parte, la vicepresidenta del Gobierno dijo que dimitiría si se encontraban cuentas de los suyos en Suiza. Se encuentran y no dimite. Nadie dimite. Es como si Alí Babá dimitiera de su cueva. Todo era de mentira, es mentira. Y, encima, una diputada del PP sorprendida en el acto de registrar el despacho de Izquierda Unida, miente y no dimite; y el presidente de la Comunidad de Madrid, González, admitiendo poseer un

ático de 700.000 euros después de haberlo negado. Nada. No pasa nada. Nadie hizo ni dijo ni sabe nada. Caras de póker. Esperar a que un marrón tape otro marrón. A lo máximo que llegan es a decir: «Hablarán los tribunales»... Lo dicen porque están convencidos de que no lo harán y de que si lo hacen, fallarán a su favor cuando a las ranas les salga pelo. Es el gesto más digno al que llegan, pero es de comedia de Tartufos. Y hoy, más de lo mismo, a cada hora que pase, más, y mañana, nueva ración de patrañas y ofensas a la ciudadanía. Una rutina esta que empuja a la indiferencia, al derrotismo, a que resulten banales los comentarios, las reacciones, las acciones veniales en su contra... Acudimos a nuestro mentidero particular, parlotamos airados, hacemos señales de naufragos, nos consolamos, nuestra ira nos consuela... Su rutina y la nuestra, ellos arriba, nosotros abajo, dominados, sometidos, y si no estamos atados de pies y manos, al menos lo parecemos. Libertad vigilada la nuestra. Ellos ganaron las elecciones, por mayoría absoluta, y actúan en consecuencia. No hay institución decisoria del Estado que no esté en sus manos.

VUELVE ANTONIO LÓPEZ a Pamplona. Una presencia inevitable, de la mano del Opus siempre. Al atrio de la catedral esta vez, donde exhiben dos esculturas de gran tamaño: las nietas del pintor. Esta noche las he visto bajo la lluvia y en la poca luz. Ni un alma a la vista. Solo se oía el ruido del agua al caer. Hermosas las esculturas, cierto, pero para mí que tenían un aspecto tristísimo, el mismo que, al menos para mí, eh, insisto, aunque también para otros, va tomando la relación del artista con Pamplona o, para ser más exactos, con un sector de la ciudad, el más reaccionario, el que ignora de forma hostil y activa a esa otra parte de la ciudad que tiene sus pintores, sus músicos, sus poetas y sus escritores (en dos lenguas), sus historiadores, sus... y que también es Pamplona y es Navarra. Eso es algo que no puedes reprocharle a nadie, y menos al artista a quien quiero creer ajeno a esos mejunjes y manejos trapaceros. A cada cual su vida y

sus derivas. Gracias a estas podemos ver las esculturas de Antonio López en Pamplona, a las puertas de una catedral que se esfuerza por ser un negocio rentable del turismo cultural en el que se pueden alquilar a doblón dependencias para banquetes de bodas. Solo que tampoco vas a callarte lo que ves y sientes. Y en casos como este, el prestigio del artista impide o evita hablar de esas otras cuestiones de fondo de las trastiendas sociales, religiosas y políticas, que se quedan para mejor ocasión o para nunca.

Te dirán que lo que importa es la obra de arte y tú convendrás, pero de lejos, solo de lejos, porque además sabes que si te pones tonto, te hablarán de los Médicis y de los Borgia y *tutti quanti*... y yo al menos ya me he hecho mayor para esos sermones. Arte y política, política y arte, y religión encima como engrudo del albondigón, y en medio de eso, Antoñito López sonriendo, agasajado por un coro de garduñas y otras alimañas sociales.

CORRIGIENDO LAS PRUEBAS de *El asco indecible*: quiero creer que lo que estamos viviendo no puede salirles del todo gratis, que nuestras palabras al menos tienen que quedar de la manera que sea como testimonio de un tiempo ominoso (que diría algún lírico para evitar el más popular «de mierda»). En pocos días este librico (es breve) estará en la calle. Yo sé que no les va a gustar a quienes piensan que viven en el mejor de los mundos posibles y que este, en todo caso, es perfectible, tanto como esas leyes que ellos no perfeccionan jamás, como no sea para acogotar un poco más a la ciudadanía. Pero bueno, con esa intención está escrito. La demagogia me puede... demagogia, bonita.

PICOTA... BONITA. En ella pones, con gusto mal disimulado, a quien en el fondo te viene en gana y ahí te ponen, con idéntico gusto y motivo, en el cepo de papel o de palabras airadas, y vuelan de un lado para otro las pellas, la fruta podrida, los denuestos, y tú dices que ellos lo hacen con más odio, con odio a secas, porque lo tuyo

es justicia, solo justicia y por su espíritu inspirado... Lo llamamos con desparpajo convivencia.

ESTA MAÑANA ME HE ENCONTRADO en la calle con Fermín Mugueta, a quien mentiría si dijera que no había visto desde los tiempos de *La Nave de Baco*, pero allí estuvimos, en aquel Madrid ya borrascoso de la calle Belén, del Son, del 9 y del Nuevo Horno de Santa Teresa, por no hablar del Ciao de los y las granujas, María Luisa Blanco, qué horror de persona, cuánto veneno y ganas de fastidiar, y otro, Pinochito de Andía, la Madariaga peluda... ¿Sigo? No, para qué.

A Mugueta lo he visto baldado, hosco y esquinado. Con seguridad será mutuo. Nos huimos, nos tememos, nos damos miedo, asco, yo qué sé. No queremos vernos en el espejo del otro. Nos van demasiado mal las cosas. Hace años la tenía tramada con los socialistas. Hoy no le ha quedado más remedio que admitir que la derecha, aquella derecha que venía a salvar a España, miente y roba, pero se ha apresurado a aclarar que todos roban, todos, que todos están ahí para robar, para enriquecerse con la cosa pública, a manos llenas además, no solo Bárcenas, no solo los barcinos, todos, y me ha dicho, repicado mejor, que lo que menos soporta es la gente que defiende esa beatería de izquierdas que sostiene que, en esa izquierda que no sabemos lo que es, ahí no se roba, no se está por la labor de quitarle. Y me lo decía de una manera agresiva, seguro de lo que decía.

Hace unos días me encontré con otro, hijo de falange de primera hora, que quería otra guerra porque para él esa era la forma de acallar las molestas voces discordantes, las que se quejan de vicio, según él, por los recortes sanitarios.

De lo que hemos vivido en los últimos meses, me va quedando claro algo: no es que la vida nos separe (un lugar común de mala película), es que hace ya mucho, años, que nuestra forma de vivir una realidad dura y hostil, nos separa y esquina, y acaba por enconarnos —o conmigo o contra mí—. Pocas amistades resisten ese empujón.

La convivencia se ha deteriorado mucho, dicen, estamos en una franca ruptura social, añaden, y vamos viendo que esa convivencia tampoco valía mucho porque era una cobertura de primera para los funcionarios del Ministerio de la Ventaja. Nos separa, y nos encona sobre todo, el cómo vivimos las ideas, las creencias religiosas, los trabajos, su ausencia, nuestros patrimonios y su ausencia, la clase social a la que pertenecemos o el desclasamiento que padecemos, los pesebres a los que nos arrimemos, las páginas que escribimos, el lugar donde lo hacemos... todo... Y el terreno común desaparece porque era humo... Daos fraternalmente unos bastonazos, dice el maestro de ceremonias en este guñol siniestro.

EN LA VUELTA que suelo dar casi todas las tardes, paso a menudo por el mirador del parque de La Taconera, Vista Bella le decían. Ese es un parque decimonónico, con mucha sombra, a donde iba con uno de mis abuelos a ver pasar el tren (tal vez por última vez) que salía envuelto en humo del túnel del Plazaola, algo que les hacía una gracia enorme, o a señalar, a lo lejos, el reloj de la fábrica de mantas –para el Ejército, menudo chollo... cómo no vas a ser fascista, hasta la cuarta generación– y presumir de vista porque distinguían la hora, o hablar de la fuga del fuerte porque lo teníamos enfrente: «Tenían caracoles en las tripas», y sobre todo del tamaño de la ciudad, cómo crece, cómo crece... También había carreras de motos... y se veían estupendamente desde arriba y era de mucho gusto cuando se daban una hostia: muy aplaudido y festejado, desde arriba. Baroja decía que de crío también iba a ese lugar y que el olor de las cantaridas le mareaba, y alguna cosa más que no me acuerdo. Sí recuerdo en cambio el olor acre que subía de una fábrica de levadura de cerveza que había junto a la gasolinera que le dieron a un matón de la Junta de Guerra en premio a sus buenos oficios –el que se hizo cargo junto con el santero Santesteban de Paco Lizarza en enero de 1938 y nunca más se le vio a este vivo porque lo asesinaron–, los pitidos de los trenes y, con el cierzo, el

olor del carbón. Son recuerdos sesgados y sectarios, como todos, pero míos. Lo que cuenta es que la vista no está mal, aunque a ratos encoja el alma... pero esto, como le dijo un borracho a otro: «No es de eso, no es de eso...».

JAVIER EDER ESCRIBE un artículo sobre el derribo de la perrera municipal, centro de detención durante la Guerra Civil, donde estuvo prisionero y fue torturado el pintor Javier Ciga. A Ciga lo detuvieron ya en 1938, cuando cayeron «los del Catachú», una red de baztaneses que se dedicaban a pasar gente a Francia, gente que huía de Euzkadi vencido y ocupado, o de la misma Navarra.

Leyéndolo me he acordado con asco, por haberlo padecido, del alférez «jurídico» asesor del tribunal que juzgó a Ciga, un corellano mala bestia que en mis papeles aparece con el nombre de Don Vito Corellone, que llegó a presidente de Audiencia, y del secretario del tribunal, hermano del abogado defensor, cuyas ardientes defensas del 18 de Julio hechas monserga pudimos oír, por fuerza, hasta muy tarde, en el M. I. Colegio de Abogados y alrededores... Y me acuerdo de que un policía (¿Izquierdo?) metió a Ciga a todo correr en la cárcel para que los matones llegados de fuera para interrogar y torturar en la perrera no lo mataran, después de que el pintor hubiese denunciado las torturas por escrito.

Del derribo del edificio para qué vas a hablar: una desvergonzada estafa del partido en el gobierno, otra, y van muchas, y una lotería de muchos millones para los adeptos.

JULIÁN GRIMAU y Manuel Fraga. Fraga estuvo en muchos consejos de ministros y detrás de muchas de las fechorías cometidas durante el franquismo y en la Transición, también llamada «prepostfranquismo», y no respondió ante nadie ni ante nada. Y lo que es peor, nadie ha manifestado la más remota intención de investigar sus actuaciones y la de sus acólitos, como Martín Villa, entre la muerte de Franco y el primer gobierno socialista.

Por lo visto, la reconciliación nacional pasaba por darle la mano, sonreírle y decir «¡Qué tío, don Manuel!»... y sigue pasando. Le tienes la mano a quien te echa los grilletos, y sonrías, y haces referencia a la necesidad de diálogo con quien te guinda o te maltrata o te cierra la boca, y de paso pagas la parte alícuota de los homenajes que se hagan entre ellos y aplaudes, y votas, y si te lo ordenan, también botas, hasta con una bolsa de plástico en la cabeza, y si protestas, como mínimo te multan y si te pones chulo, tendrás que defenderte de resistencia a la autoridad, de desobediencia, de atentado...

Hoy me acuerdo del poema de Alfonso Sastre dedicado a Julián Grimau:

*«¡Otra vez esas radios extranjeras
vomitan contra España su veneno!
Salimos ahora al paso de ese trueno
explicando las cosas verdaderas.
No ha habido tal señor defenestrado
ni se empleó en su trato la tortura.
Tratósele con tacto y con dulzura.
Se le invitó a pasar a lo vedado.
Saludósele allí con cortesía.
Preguntósele por sus actividades
de manera correcta y muy humana.
Díjonos su opinión de la amnistía.
Dijámosle después nuestras verdades
y arrojose sin más por la ventana».
Y tú cruzas los dedos y no sabes por qué.*

HOY, EN LA VUELTA del paseo de Ronda, he pasado por la plaza de la O, castiza, demasiado, como todo lo que está aquejado de hiperlocalismo, puro pueblón hasta hace treinta años que la reformaron entre Peña Ganchegui y su ayudante, un aprovechategui bocazas y de pocos escrúpulos de San Sebastián. La plaza era una mierda y por eso, para lo de la función social de la arquitectura, tuvieron que derribar la desdichada intervención de los arquitectos de moda y

urbanizarla de nuevo, con menos mandanga teórica, pero generando nuevas minutas y nuevas facturas de obras públicas.

Esto es lo común en ese mundo de gente que desde sus profesiones y puestos públicos han propiciado este estado de cosas: obras ineficaces, a ser posible públicas, cuyas ruinas silencian los amiguetes que estén en cada momento en el gobierno, concursos fules, cobros por obras que no se van a ejecutar jamás, como una millonaria de Rafael Moneo en Tudela, dinero tirado por la ventana, malas ejecuciones de obra que las compañías de seguros enjuagan...

Ahora los profesionales de este negocio se quejan de lo mal que están las cosas, pero con los bolsillos llenos. Y quienes ahora escriben sobre los arquitectos que se han forrado, lo mismo. Callaron cuando el jolgorio estaba en su apogeo porque de él vivían, dándose mutua coba, aceptando premios literarios fules, mandangas, bicocas, televisiones y periódicos, ahora toca rasgarse las vestiduras porque el hacerlo vende, como antes vendía su silencio. Son incapaces de verse en un espejo, incapaces.

Luego, al llegar a casa he visto sobre la mesa una fotografía de Valparaíso, de la plaza Echaurren, barrio Puerto, la entrada del bar Liberty, bar de marineros y de rotos, y me ha dado un ataque de nostalgia e inquietud viajeras.

Cuando pasas delante de esa plaza pueblerina de la O, que conociste de tierra, sol abrasador y casas maltrechas, y quisieras estar allí lejos, frente al Pacífico, no queda otra que apretar a correr y no parar, aunque a tu espalda oigas el «¡A ver, poeta, la documentación!», porque para entonces ya estás lejos, ya te has perdido en el laberinto de las calles y en el de tu propia vida, ya no te alcanzan, ya es a otro al que atrapan, se quedan con el disfraz entre las manos y se preguntan a dónde se habrá ido ese cabrón.

ESTA MAÑANA, EN BAYONA, con un aguacero de aúpa que invitaba a todo menos a callejear, he visto un cartel de *Le Nouvel Observateur* que decía: «Mali, lo que no se osa decir». Enseguida, en el Balto,

un café de Saint-Esprit, he visto en la televisión un breve reportaje de noticiero sobre la ocupación militar francesa en Mali. Hablaban abiertamente de crímenes en la retaguardia, de exacciones, abusos, control informativo y de desplazamientos... Es decir, que la información de lo que sucede lejos está al arbitrio de quienes detentan el poder —«guerra de brujos» también esta y eterna— a la espera de que pase lo mismo con lo que sucede delante de nuestras narices y ya está en su punto de mira. Información correcta e incorrecta, no en nuestro beneficio, sino de las necesidades de Estado, de sus amos quiero decir. Vivimos en la inopia, aceptamos sin rechistar que la libertad informativa está recortada aun cuando vemos que cuando llegan noticias de allá lejos, las tapan de seguido.

Hace unos días decían que la publicación de una fotografía de Isoouf Sanogo, fotógrafo de la AFP, en la que se ve a un soldado francés con una máscara de calavera, ha provocado malestar en la cúpula militar francesa porque desvirtúa la misión de Francia en Mali. La publicación, no la fotografía en sí, ¿o también esta?

¿Cuál es la misión? ¿Cuál es la verdadera misión? ¿Añade o quita algo esa máscara a la intervención militar por muy solicitada que esta esté por un gobierno que no tiene medios de defenderse de los islamistas, más poderosos? Nada. ¿Da mala imagen ese rostro de calavera? ¿Qué imagen debe dar un soldado en campaña? Esa no es una guerra «humanitaria». No puede serlo, con islamistas de por medio o sin ellos. En Mali se libra una guerra que es como todas las guerras, en las que quien lleva armas y se cubre con uniformes y actúa según órdenes que no se discuten, lleva también la muerte con él o la atrae, sea de un bando o de otro, porque las fuerzas de intervención o de ocupación o de pacificación también son de un bando, del suyo o del que mejores beneficios reporte a la larga. Ese fondo de horror y de miseria al que de ordinario no nos asomamos sigue igual o silenciado, adormecido por la fuerza de las armas.

De lo que pasa en las retaguardias, en los cuarteles, en las trastien-das, en los despachos lejanos, cuando no hay cámaras delante, no

nos enteramos o nos enteramos solo de lo que interesa que sepamos —en general no tenemos ni repajolera idea de lo que sucede en «allá lejos»—. Cuando las cosas parece que se calman, viene la sordina y el silencio informativos, y no nos enteramos ni de qué ha pasado ni de qué pasa en esa paz. Ya no sabemos quiénes son los protegidos y quiénes los rebeldes, y el negocio de la guerra sigue en marcha con calaveras de trapo y sin ellas, pero con hombres de negocios millonarios. Y entonces, con suerte, solo con suerte, nos enteramos de las atrocidades cometidas por unos y por otros, esos que habían ido a impedirlos, y pasamos a otra cosa, porque eso sucede *là-bas*, allá lejos, y nosotros estamos aquí, a pie de imagen informativa. Lo demás, aplaudir porque en el patio de este cuartel han dado la voz y los que saben dicen que es lo correcto, o verse atrapado en el cepo del pacifismo radical y asistir de lejos al eco de la matanza.

UNA INSCRIPCIÓN RITUAL de Libertad, Igualdad, Fraternidad junto a una cámara de seguridad que vigila tus pasos, los graba y guarda, y tú celebras con amargura la paradoja, te encoges de hombros, como mucho dirás que qué mal están las cosas para enseguida añadir que tú estás a otras... claro que lo estás, pero no en las que deberías.

LA DELEGADA DEL GOBIERNO en Madrid, la Cifuentes, ha afirmado que es probable que el proyecto de ley de Seguridad Ciudadana que elabora el Ministerio del Interior incluya medidas «que no gusten a una parte de la población». Luego no podremos decir que no estábamos avisados. La Cifuentes, defensora a ultranza de la violencia policial —luego se felicita de que bajo su mandato no hay uniformados sancionados por abusos—, ha asegurado que la ley dotará al Cuerpo Nacional de Policía y a la Guardia Civil «de instrumentos más eficaces para poder garantizar el orden público y la seguridad ciudadana», algo que hay que traducir por impunidad policial e indefensión ciudadana. Estaba claro que los conatos de rebelión no iban a salirnos gratis, que la difusión de imágenes de barbarie y de

testimonios de represión y limitación de derechos iban a encontrar cobertura.

La formación de un estado policiaco de viejo cuño y métodos si no del todo nuevos, sí acordes con los adelantos técnicos de la industria de la represión y del control de los ciudadanos, empezó hace ya años; otra cosa es que no fuese denunciado desde las páginas de los grandes diarios y quedara entre burlas en el rincón de los apocalípticos, los exagerados, los agoreros y los tremendistas. Las declaraciones de la Cifuentes acerca de una nueva ley, ingrata, de Seguridad Ciudadana son algo más que una amenaza a nuestra seguridad, a nuestra privacidad y a nuestros derechos civiles. No hace falta ser adivino del porvenir para ver cómo y a qué paso llega y de qué color es.

EL OTRO DÍA, en Bayona, encontré una edición modesta de *Lilui*, de Romain Rolland, ilustrado por Frans Masereel. Una escena y una página me han llamado la atención. Esa es la que Polichinela escapa perseguido por la Igualdad que provista de unas colosales tijeras de podar quiere cortarle la chepa. Por su parte la Libertad, al grito de Libertad o muerte, enarbola un látigo y, haciéndolo restallar, pone algo de orden en el motín de ese mundo al revés, el del sálvese quien pueda, el de la Paz armada hasta los dientes: el orden es el desorden provisto de poder (Léo Ferré). Y finalmente la Fraternidad, del braceo de un cura, antropófaga convencida —«Sé mi hermano o te mato», escribía Chamfort—, se suma al barullo dispuesta a comerse todo lo que el cura le diga, porque es este quien le señala los bocados.

NO HAY DÍA que los medios de comunicación de mayor tirada no suministren noticias banales acerca de los Borbones, preferiblemente en portada: sacos de humo. Si no es el padre, es el hijo, y si no la yerna, el duque empalmado y voraz y sus trapisondas... la Casa y sus asesores, los que urden esa nube informativa, tóxica y pegajosa: «Eran siete fantoches de cortas luces, como por tradición suelen serlo

los consejeros de la Corona de España» (Valle-Inclán, en *Viva mi dueño*). No tanto, quienes mueven los hilos en la sombra son astutos, están masterizados, pertenecen a la verdadera clase dirigente, la que impone ministros y es reaccionaria más que conservadora; son demócratas porque toca, y sobre todo cuentan con los poderosos medios del sistema, económicos y mediáticos, al que sirven y apoyan, algo que va más allá que esa familia para la que quieren crear una afección ciudadana propia de la caravana de la Vuelta Ciclista a España. El mensaje grotesco, barroco, es: «El rey está contigo». Mentira, el rey está, como todos los que están encaramos en la cosa pública, a sus sueldos, a legitimar su propio pasado con maneras teatrales, con discursos de conveniencia y de ocasión, a hacer fortuna, para que no le pase lo que a su abuelo o a su padre. Les mueve el temor a la desafección ciudadana y a la puerta de escape republicana, colores que cunden y van a más, que se imponen.

«Los controladores de los medios, que son los medios del *establishment*, consideran que la existencia de la Monarquía es esencial para defender la estructura de poder existente en España», dice el profesor Vicenç Navarro en una entrevista en la que trata de la monarquía que padecemos. Burdo resulta decir que estamos de la corona hasta la coronilla, pero ya no estamos bailando el minué. Las maneras ya son otras, las han impuesto ellos.

AYER NOCHE estuve viendo una vez más *La vida es un milagro*, de Kusturica, una película que me gusta mucho. Fui a la busca de una burla sobre la financiación de los partidos políticos y me quedé con una escena en la que los políticos se esnifan los raíles de un tren cubiertos de farlopa. ¿Excesivo Kusturica? Con seguridad, pero ese es el motivo por que me gusta tanto. Me aburre lo equilibrado y lo manso. A mí Kusturica me emociona y me suele levantar la moral, que falta hace. La suya es una visión corrosiva y dispartada de esa realidad que a menudo nos rodea y resiste, tanto que acaba por abatirnos y aplastarnos. Visión de pícaro en acción la suya, de

desengañado y burlesco moralista, de quien sabe ver dónde está la farfolla de las arengas y los sermones, y dónde el poderoso sentido de la fraternidad.

ENTRE CHORIZOS anda el juego. Y como se te ocurra gritar «¡Al ladrón!»», te procesarán, a instancias del choro, por difamación, calumnias, injurias y atentado al honor. Y por si fuera poco, la «tendencia» es no denunciar, no protestar, ponerle buena cara a quien te guinda... No poder denunciar lo evidente es un arma política: los jueces lo saben. Y te exhortará a ello quien no teme a la vida ni a su declive, ni al infortunio ni a la desdicha, porque no tiene nada que temer, está blindado, social, económica y mediáticamente blindado, y encima puja por convertirse en gurú de esquilados, de apaleados, de expoliados y de atemorizados, apelando al optimismo y a las emociones positivas, a erradicar la «cultura de la queja» y la denuncia sistemática de los abusos, a cultivar la virtud de la mansedumbre, del conformismo, del silencio y del besar la correa al cabo.

«NUESTROS SUEÑOS no caben en vuestras urnas», reza una pintada callejera. Es posible, es hermoso sobre todo, pero sería mejor impedir que los sueños entren a porrazos en sus códigos, ahora que no hay sueño que no esté en busca y captura, y que no hay veda, que la caza de soñadores y de sueños está abierta, que lo que se lleva, el verdadero sueño, el de esa razón que produce monstruos, y qué monstruos, pasa por las urnas amañadas, de manera sutil, sibilina, institucional, mediática; urnas hechas tótem, adorable imagen bendecida que otorga cartas de marca, pero mucho más caja registradora, máquina tragaperras.

QUÉ COSA TAN TRONCHANTE que un mentiroso consumado y probado hasta el hastío como es Rajoy, alguien que ha hecho de la patraña una metafísica, una forma de vida, una seña de identidad política, una religión casi, inste a sus secuaces a jurar para probar que

no mienten. De no creer. Estamos en manos de un tonto malvado acompañado de gente sin escrúpulos.

EN LA PÁGINAS FINALES de *Las horas solitarias*, Baroja tiene un pasaje que he citado varias veces. El escritor va en el tren del Bidasoa a Irún a enviar las pruebas del libro y dice que lo hace dudando de si retirar o no algunos pasajes que tal vez le hayan salido demasiado agrios. En el compartimento se encuentra una gente espantosa cuyo trato forzoso le empuja a afirmar con furia y asco que, en realidad, se ha quedado corto.

Algo así es lo que he pensado esta mañana después de haberme encontrado de nuevo con «un niño de la guerra», que siendo hijo de uno de los primeros falanges de Navarra, y a pesar de decir que recibió la democracia alborozado, me ha soltado, so pretexto de vecindad, tal morterada de brutalidades xenófobas, clasistas, autoritarias, despectivas y groseras hacia quienes hoy padecen los rigores del mal gobierno de la derecha, con la insistente por repetida guinda final de desear abiertamente «otro 36» como solución a nuestros problemas actuales, porque *aquellos* si que eran hombres y *aquello* si que fue una solución. «Así aprenderíamos», ha dicho –y era inútil contradecirle porque no oía–, y pienso que, escriba lo que escriba, de los padres, de los hijos, de los nietos y de su Verbo, voy a quedarme siempre corto. Dicen que la guerra es cosa del pasado. Según y cómo. Si de verdad lo fuera, cosas como lo de esta mañana no pasarían. Y un día es una cosa y otro día, otra, y siempre la misma murga agresiva.

EN *ESPAÑA nervio a nervio* encuentro un capítulo acotado por el anterior propietario, «Casinarias...», en el que Eugenio Noel traza los tipos de hace cien años. Algunos ahí siguen:

«El viejo prematuro, señor de indumentaria indescriptible, que se declara bohemio sin otra explicación y a quien por su cara de granuja le dan un socorro con objeto de que enseñe por España entera esa cara».

En mi ciudad hay dos casinos. Uno estaba en manos de una mafia del juego valenciana que llevaba la banca de un ferrocarril al que se montaban grupos de chinos envueltos en humo y que un cretino de esos que no saben dónde viven quiso convertir en algo cultural. El otro era el casino de la gente bien. También hubo juego y de esa época solo queda una ruleta decorando una pared. El llamado «cuartico del crimen» no sé lo que es ahora ni me importa. Dicen que fue uno de los centros más activos de conspiración las semanas o meses anteriores a la Guerra Civil, donde se reunía el «sanedrín», es decir los personajes más notorios de la derecha en la vida pública, diputados, empresarios, aristócratas y terratenientes. Ángel María Pascual, no sé cómo, lo frecuentó, al menos su biblioteca, que ahí sigue, bien nutrida. Le dedicó un poema, aunque tal vez el casino sea también el de Logroño: *Flota un aire de habanos extinguidos / mientras viene la noche*. Todo el que «era alguien» en Pamplona, era socio de ese casino que hoy mantiene un lujo de rojos y dorados de otra época que resulta elegante y en cuyos reservados se ceba el *no-sotros* de una nueva clase dirigente joven que recoge ya y con ventaja el testigo de los viejos reaccionarios que reclaman una violencia que otros ejercerían por ellos y añoran los viejos tiempos de la dictadura: la estatua de un Buda sonriente ha sustituido a Mercurio... tal vez esté debajo, una ruleta como decoración junto al techo, un reloj de lujo parado... Pardo, todo es pardo.

SE LES OYE HABLAR MUCHO de regeneración democrática, pero salvo quienes son de su cuadrilla (Artículo 570 del Código Penal) el resto o no quiere enterarse de lo que dicen o piensa que se trata de una nueva estafa, un trile, con su charlatán, sus puntos que dan el agua y su cajón de reglamento. Solo queda darle una patada al cajón.

No buscan sino perpetuarse en los puestos de gobierno que ocupan, por sí mismos o en compañía de sus socios y secuaces en la espesa tela de araña de la que forman parte.

Hablan de regeneración democrática los mismos que han instalado un estado policial y de él se benefician.

¿A quién creer en esta pelea sucia que no tiene otra regla que la del mejor postor? No se sabe. Cada cual a los suyos, a quien nos conviene. No parece haber otra manera de acertar. Pero sí cabe una certeza: el país está de mierda hasta más allá de la barbilla y esta, por muy raro que pueda parecer, sigue siendo digerible para algunos. La prueba, a diario...

EN MADRID, UN GORILÓN, es decir un maleante uniformado maltrata en al calle a una anciana de 83 años, Angustias de nombre. La fotografía de la anciana derribada gracias al empujón del hombrón corre por las redes. Todavía es posible.

Conviene saber a quiénes tenemos por vecinos, cuál es su grado de psicopatía. No estamos seguros. No son unos mandaos ni unos funcionarios que cumplen órdenes burocráticas, no, pegan y maltratan para cobrar por ello y sobre todo por gusto. Y un día es en un sitio y otro, en otro: ancianos, niños, jóvenes... con los mineros no se atreven, o con cuidado.

Lamentable historia la de este país de todos los demonios, dañado, empobrecido, agrietado, sometido, hecho renovada charca de viejos rencores, de cuentas pendientes condenadas a no ser saldadas jamás, que despierta de sus sueños de fortuna y se da cuenta de que lo han «rastrillado» sin piedad. No todo puede ser derrotismo, esa genuina tentación del apaleado que describe con cinismo sus propias miserias y las ajenas, no todo está perdido, siempre amanece, la hierba sigue creciendo, cierto, pero cuesta encontrar palabras que no sean de madera y que sean de verdad tuyas.

INDISPONERSE O NO INDISPONERSE, o del escribir de lo que tienes delante de las narices en el lugar en el que vives, y que mañana será humo; hoy probablemente también... y así vamos tirando, náufragos en la charca del descontento, muy lejos de cualquier subversión

verdadera. Nos puede el buen rollito, la sardineta que nos echan, el parentesco, el amiguismo sellado alrededor del calderete, la buena vecindad y el felices fiestas que siempre favorece los intereses del más fuerte, el que no quiere líos y sí disfrutar en paz de su ventaja indecorosa y poco legítima; nos puede la exposición, la beca, el catálogo, el premio, el encargo jugoso, la conferencia bien pagada, el acuñado perfil de escritor idóneo, el púlpito de precio, el pesebrón del Cervantes o las bicocas de Cooperación Internacional, nos puede, sin remedio, somos humanos, damos la mano a quien nos roba y no nos respeta, nos gustan las palmadas en el lomo, aceptamos con facilidad el papelón de figurantes de una farsa ajena, con nuestra sonrisa más boba legitimamos el abuso y solo abrimos la boca si estamos seguros de tener clientela y hacer caja... El asco indecible tiene muchas caras y no todas resultan simpáticas.

TODA LA TRISTEZA DE LA CIUDAD bajo una lluvia que era de aguanieve y frío, en el escenario de la infancia hecho callejón sin salida, cepo, nada más que cepo. Febrero, mes del lobo, mes de nieves.

Y para acompañar, una de Kavafis, cuando oyes cómo te siegan la hierba bajo los pies, ras, ras, ras, un segador de sombra, mala, con una guadaña mellada, roñosa en un mano, una guadaña ya vieja, ya muy oída:

*«Y si no te es posible hacer la vida que deseas
intenta al menos esto
en la medida que puedas: no la envilezcas
en el contacto asiduo con la gente
en asiduos ajetreos y chácharas.
No la envilezcas arrastrándola,
dando vueltas constantes y exponiéndola
a la idiotez diaria
del trato y relaciones,
hasta que se convierta en una extraña cargante».*

(De *En la medida que puedas*,
en traducción de Ramón Irigoyen)